

Cuando nos disponemos a pensar o definir la modernidad, un mar avasallante de información e imágenes puede presentarse en nuestro imaginario. Qué sería, sino la representación más clara de estos tiempos: esa saturación de estímulos, en constante expansión como el universo mismo.

El sistema social actual está basado multifacéticamente en distintas dinámicas de explotación¹, unas más sutiles, otras más directas. Desde el establecimiento de patrones de conducta instaurados por necesidades que responden a intereses modernos, industriales, desnaturalizados, ajenos al ritmo de las necesidades fisiológicas humanas; hasta formas más directas y violentas, que rememoran a tiempos arcaicos, antiguos, donde la innovación no tenía ningún tipo de connotación moral ni espiritual, sino basada únicamente en la magnificencia estructural, (como las pirámides, las catedrales hasta llegar a los modernos rascacielos) o, también, basada en la fascinación científica-tecnológica: magníficos mecanismos y descubrimientos empleados para innovaciones que persiguen intereses

propios de estrechos y reducidos grupos humanos, cuya perspectiva desde privilegio puede llegar a anular terrenos donde verdadera innovación y tecnología es, de hecho, extremadamente necesaria.

No es un secreto ni una invención: de hecho, si vamos a una revisión histórica encontraremos este patrón, esta dinámica de explotación, en múltiples escenarios: modelos de comunidades enteras, que se establecen en torno a satisfacer los deseos específicos de un grupo selecto y particular.² Desde antiguos tiempos inmemoriales, cuando los egipcios adoraban faraones y dioses, y con esta narrativa levantaban cuerpos enteros de trabajo para construcciones masivas y monumentales, hasta llegar a los tiempos contemporáneos, donde ya no podemos siquiera saber cuáles bienes, productos o procesos que conforman nuestra cotidianidad, nuestro día a día, están basados en sistemas de explotación a comunidades enteras. Aparecen así estos grupos humanos particulares que se encuentran marginados de la consideración, siendo explotados directamente por sus

INTERNACIONAL

BAJO EL MISMO SOL

HELENA VIVAS

VENEZUELA - ESPECIAL PARA ARTE & CRÍTICA

victimarios, posteriormente por las empresas que mercadean con materia prima cuya procedencia no tiene un certificado ético, y finalmente por los consumidores, el explotador cómplice, silente e ignorante. Sólo que, ya en estos tiempos, la excusa, la narrativa de la divinidad como pretexto es suplantada por un nuevo dios que adorar: la producción masiva y la obtención de recursos a mínimo costo.

A diferencia de otras épocas, en las últimas décadas, temas que antes no eran siquiera considerados problemáticas comunes, se han empezado a tratar en varios ámbitos de la sociedad: desde movimientos legislativos que buscan concientizar y dar fin a estas dinámicas violentas y abusivas³, hasta procesos artísticos particulares que invitan a revisiones y nuevas reflexiones sobre estos procesos, que han sido instaurados y normalizados desde hace tanto. La artista afroamericana Kara Walker, con su obra “*A Subtlety, or the Marvelous Sugar Baby*” realizada en el marco de la demolición de la fábrica de azúcar Domino, en Estados Unidos,



Fig. 1: Kara Walker, *A Subtlety, or the Marvelous Sugar Baby*. Fabrica de azúcar Domino, Brooklyn, New York, 2014.

en 2014, nos expone maravillosamente esta dinámica histórica, realizando una reinterpretación escultórica monumental de la figura de la Esfinge, sólo que esta vez, acabada con una cubierta de azúcar sobre la que se esculpen los rasgos negros de esta mujer, que pasiva se encuentra, dispuesta a las miradas de quien acceda, como una oda a la belleza

oculta, relegada a la explotación: ahora dispuesta en su más gloriosa y magnífica forma. Alrededor de esta mujer, que fácil puede llegar a parecer una diosa, hay niños. Niños que cargan con ellos cacao, bananas, cestas. Es incierto si lo que llevan es ofrendas o carga de trabajo. ¿O es que podrían ser ambas cosas, a la vez? Estas esculturas están realizadas en

melaza, la cual con la temperatura ambiente empieza a derretirse, poco a poco, goteando y desfigurando, muy sutilmente, el aspecto de estos niños, sin hacerlos perder su corporalidad, que siempre evoca a lo infantil. El logro plástico de esta obra no sólo alinea los intereses de la artista con el resultado, al estar realizada con su material de interés conceptual (la caña de azúcar y sus derivados), sino que, además, le da un carácter de temporalidad poético, e increíblemente pertinente. La lenta, y visible atrofia de la infancia, la descomposición agónica, chorreante e indetenible, como un llanto de melaza, de miles de niños, de miles de madres, que a través de la historia han venido a la experiencia de la vida a ser explotados, a verse reducidos a un abstracto, a ver su infancia, su vida, irse, desfigurarse, sin capacidad de hacer nada para detenerlo, sin siquiera entender el proceso del que forman parte, sino en una existencia sumisa, limitada, imposibilitada de soñarse distinta, condenada a no tener otra vida que no transite por ser explotada.

En este mundo moderno, en el espiral descendente de la injusticia social, la posibilidad de soñarse distinto es casi un privilegio. Kara Walker nos habla particularmente del azúcar, pero esta dinámica de esclavitud, trabajo forzado o trabajo no remunerado y explotación infantil, la podemos encontrar en muchos otros productos de consumo masivo hoy en día. El azúcar, el cacao⁴, el café⁵, el aceite de palma⁶, por nombrar unos cuantos, son sabidos focos de explotación que participan activamente en la sociedad, en la industria, y que son mantenidos, en labor prima, por estos grupos humanos que no pueden acceder siquiera a un imaginario de lo que otra vida podría ser. A penas un par de escalones más arriba en este espiral, donde este grupo alienado se encontraría, nos hallamos con otro: el que sí puede acceder a breves sueños, como destellos de otra vida. Las migraciones, como el fenómeno que conocemos hoy, constituye una dinámica totalmente moderna.⁷ Principalmente, porque en otros tiempos, tan sólo un siglo atrás, las facilidades y tecnologías que

permiten la movilidad de distancias tan largas eran otras, y su acceso era también algo más limitado. Si vamos a la contemporaneidad, tenemos que considerar como factor de influencia la estrecha interconexión e inmediatez comunicacional que existe. Vivimos un mundo que se crea y se piensa a través de sus redes inmateriales, viviendo en una identidad postnacional, que puede prescindir de la pertenencia individual a un territorio. Esto, podemos entender, hace a ciertas comunidades más susceptible a desear moverse, cambiar, acceder a otra experiencia, otra manera de vivir. Muchos, concretan este sentir y se determinan a emprender este viaje hacia la vida del inmigrante, con el sueño de una existencia más digna. A partir de esta decisión personal de miles de individuos, se crea una de las grandes brechas de injusticia social: los grandes grupos migratorios, que parecen ser un grupo social algo más visualizado que el anterior, pero, igualmente, coexiste dentro de un marco de explotación que lo matiza y difumina: un panorama productivo de alto tráfico, con miles



de participantes, donde la sensibilidad y la empatía no parece ser un protagonista, haciéndolos así ser blancos, presas fáciles que se prestan para trabajos en condiciones no aptas, con pagas poco dignas y escaso respeto a su identidad y valor individual, donde sus sueños de una mejor vida se ven reducidos a convertirse en un indocumentado e inconmensurable grupo humano que se desempeña, casi, como una maquinaria más del sistema de producción.⁸

El tránsito al que se someten estos individuos, motivados por sus anhelos, va más allá de cruzar una frontera. Hay en paralelo un tránsito por grandes encrucijadas emocionales que sólo se conocen al momento de emprender el viaje, el cual se funde como una suerte de metamorfosis, a la que acompañan muchas realizaciones que reposaban detrás del espejismo de ese sueño, esa fantasía de lo que el mundo podría ofrecer. Estas sólo pueden ser halladas en el destino, en la experiencia particular que cada individuo tendrá en su migrar. Para algunos, por fortuna, la experiencia migratoria puede ser feliz, plena, con aceptación e integración a su entorno, donde aquel ajeno logra ser reconocido y respetado, abriendo espacios de encuentro con sus diferencias. Cuando se trata de migraciones de individuos del tercer al primer mundo, este escenario es algo difícil, ya que más que una decisión planificada, este migrar está basado en profundas carencias, su más grande herencia. El individuo

Fig. 2: Doris Salcedo, *Shibboleth*, 2007. Tate Modern.

migrante, el soñador, debería tener recursos, no sólo económicos, sino también sociales y culturales para lograr adaptarse con éxito en una estructura social tan distinta a lo que le ha sido inculcada y en la que se ha acostumbrado a manejarse. Lograr esto, como migrante, es la excepción a la norma.⁹

Para los habitantes del estructurado primer mundo, comprender las motivaciones y necesidades de este otro grupo humano, migrante y soñador, de aquel mundo sub-desarrollado, resulta algo abstracto y complejo. Podríamos presumir que existe también el factor de una naturaleza desinteresada, nuevamente desde la perspectiva del privilegio, circunstancia en la que fácil se gesta la no-necesidad de mirar al otro, de aproximarse y comprenderlo. La artista colombiana, Doris Salcedo, nos presenta una interpretación de esta distancia social con “*Shibboleth*”, instalación presentada en el Tate Modern en 2007, que consiste en una gran grieta que atraviesa, larga y profundamente, el suelo de esta institución inglesa.

Esta marca, que podemos semejar como una herida, abre, metafórica y literalmente, un abismo de reflexiones sobre la humanidad de estos conflictos sociales, tan complejos e interconectados, con una expansión tan incierta y agresiva, como podemos evocar es el fenómeno en el que una gran grieta es concebida. Semejante al conflicto que refiere, conectar con la propuesta de la artista requiere una disposición a la sensibilidad de parte del espectador: querer detenerse, asomarse y mirar en la profundidad del conflicto, que al igual que sucede en la obra de Salcedo, es difícil determinar su origen, su principio y su final, si es que hay alguno, ya que, aun limitando la grieta a los extremos que decretan su longitud, queda en ella la profundidad, inconmensurable para el espectador, al cual esa dimensión honda, distante, esa suerte de inframundo, es un lugar inaccesible. Respecto a la participación del espectador, es interesante en esta obra que, al aparecer la interacción, el público escoge, espontánea e inocentemente, uno de los extremos,

tomando partido, haciendo que esta grieta se convierta, por un momento, en la viva metáfora a la que la artista refiere, una división que genera aquel perverso y sutil: “nosotros y aquellos”.

Ambas propuestas, la de Kara Walker y Doris Salcedo, nos señalan temas y problemáticas que, aunque su origen no es para nada reciente, las perspectivas, simbolismos y consideraciones desde cuales se aproximan, constituyen expresiones con una sensibilidad totalmente contemporánea, con una comprensión de la complejidad de los conflictos de esta era. Estos viejos, grandes, profundos, siniestros y complicados problemas sociales que han crecido, mutado y trascendido de maneras insólitas, en una especie de bestialización humana, hasta el siglo XXI, requieren una visión más abierta, libre e inclusiva para poder ser abordados abarcando la verdadera dimensión de su complejidad. Para lograr esto, es necesario pasar por el proceso que las artistas proponen: más que una supuesta solución o una expresión de rencor y discriminación, nos dan una ventana a la observación,



una posibilidad de ver directamente a estas situaciones de explotación que permanecen ocultas y, en apariencia, ajenas a nuestra realidad. Estas propuestas nos acercan, tan sólo un poco, a una experiencia más humana ante estas realidades y traen una posibilidad de concebir un imaginario hacia la existencia de esos “otros”.

Para pensarnos fuera de este sistema de injusticia social, que se fundamenta en la explotación humana, y, en conjunto, en paralelo, en sinergia y contradicción, con la explotación de los recursos naturales de una manera igual de atroz y devastadora; para realmente poder vernos fuera de todo ello, hace falta ir a una fibra muy humana, es necesaria la búsqueda de estas cercanías, de estas propuestas donde los espectadores puedan hacer caminos propios hacia nuevas comprensiones de las distintas condiciones de vida coexistentes hoy día en esta compuesta, compleja y multifacética modernidad. Gestar esta mirada es necesario porque, como sociedad moderna, estamos arrojados a este panorama, que puede llegar a ser tan oscuro y hostil como las situaciones humanas antes descritas, y, queriéndolo o no, todos somos cómplices y partícipes.

En la Instalación de Olafur Eliasson, “A Weather Project”, presentada en el Tate Modern en el 2003, podemos hacer una alegoría de esta realidad en la que todos estamos inmersos. Esta instalación invasiva, compuesta por un gran sol de luces led que da luz y calor a quien lo visita, tiene una

Fig. 3: Olafur Eliasson, *A Weather Project*, en la Sala de Turbinas del Tate Modern, desde Octubre 2003 hasta Marzo 2004.

característica que nos es de interés analizar: una vez el espectador accede a la sala, ya es parte, co-creadora y a la vez protagonista de la obra. Ha pasado a formar parte de un colectivo, junto todo aquel que está compartiendo la experiencia con él simultáneamente, mientras se adentra en una experiencia totalmente individual: la percepción del calor y la luz que invaden la sala de turbinas del Tate. Puede ser interesante pensar que, en la experiencia que nos presenta Eliasson, el factor de la creación humana como generador de la obra es evidente: sabemos que son luces led y máquinas de humo las que forjan el ambiente, en lo que pareciera pretender semejar un fenómeno natural. Deja evidencias de no serlo, de ser invención, aunque se confunda con norma natural.

Cuando contraponemos esta posibilidad interpretativa con la narrativa de las dinámicas sociales de explotación e injusticia social que nos exponen las obras anteriores, de Walker y Salcedo, podemos abrir espacio a reflexiones sobre la responsabilidad individual, el pensamiento crítico y la sensibilidad que aplicamos a nuestra cotidianidad. Bajo la luz de la obra de Eliasson, ver la condición de la esclavitud y la explotación infantil, o asomarse a la profunda distancia social que divide el mundo como una gran grieta, es también mirar hacia uno mismo. Este diálogo, que está conformado por tres grandes instalaciones, propone adentrarse, de una forma compuesta, en una experiencia de profunda compasión y responsabilidad: es decidir ver,

Fig. 4: Collage digital, por Helena Vivas.



bajo el incesante calor del sol led, a los niños de melaza derretirse y desaparecer en su faena, mientras sus restos podrían desvanecerse hacia aquella grieta, que distante parece poder, en cualquier momento, devorar todo aquello. Es una propuesta a crear un puente sobre ese perverso “otro” que se instaure como pretexto de explotación y marginación; una propuesta que estimule abrir caminos hacia nuevos compromisos individuales que, como colectivo, podrían movilizar los procesos necesarios para que el cambio en la estructura social suceda. Tomar este compromiso individual, es naturalmente complicado, porque parece inútil, insignificante ante aquel monstruo omnipotente de la explotación. Precisamente por esto, esta propuesta no busca solventar un problema, tan instaurado en la raíz de nuestra dinámica social, pero cuánto valor puede tener, que como sociedad nos demos la oportunidad de hacernos responsables, participando en un proceso de dignificación a los grupos marginados y explotados, que puede empezar por un simple, pero muy valioso: sé que estás allí.

NOTAS

1 En el blog de la Organización Anti-esclavitud (www.antislavery.org) hay una publicación particular “Esclavitud hoy: esclavitud en la cadena de producción” (Slavery today: slavery in supply chain) que analiza esta problemática.

2 Esta dinámica se presenta con claridad en el ensayo “Slavery and Its Transformations: Prolegomena for a Global and Comparative Research Agenda” por Matthias van Rossum, publicado online por la Prensa Universitaria de Cambridge, 29 de Junio, 2021.

3 La publicación de Esclavitud Moderna en Australia, 2018, presentada por el gobierno Australiano es un ejemplo de estas manifestaciones.

4 “The NO project” (www.thenoproject.org) presenta una investigación específicamente de la esclavitud en la producción de cacao en 2015

5 Expuesto en “Bitter Origins: Labor Exploitation in Coffee Production” escrito por Alice Nguyen, publicado para “The Borgan Project” (www.borgenproject.org) Septiembre 24, 2020.

6 “Slavery in Palm Oil Plantation in Indonesia” por Pablo M. Diez publicado por ABC, en el 2018 es una de las muchas investigaciones en esta área.

7 “La Modernidad Desbordada” por Arjun Appadurai (1996, University of Minnesota Press).

8 Expuesto en la investigación publicada por Global Migration Group (GMG) “Exploitation and Abuse of international migrants, particularly those in an irregular situation. A human rights approach” (2013).

9 Para adentrarnos en este conflicto, podemos consultar la publicación “Integration of migrants: Commission and OECD publish check list to support local, regional and national authorities” por la Comisión Europea, en Abril de 2018.

HELENA VIVAS

Nace en 1999, en Caracas, Venezuela. Helena Vivas crece en una familia clase media en el corazón de Caracas, una ciudad de conflictos. Estudia diez años de ballet clásico profesional y termina la educación media entre 2013/2018, años llenos de múltiples dificultades y conflictos violentos en el país: las llamadas “guarimbas y barricadas” que fueron reprimidas de formas brutales. En este paisaje hostil, estudiar artes se ha convertido en una trinchera desde la cual se puede enfrentar a las dificultades que esta situación le hereda. Después de dos diplomados en Arte Contemporáneo, inicia un diploma en Curaduría de Arte en el Centro de Artes Integradas en 2019, con la expectativa de ser concluido en 2023.